



Manuel Bretón de los Herreros

El sábado

No va a ser objeto de mis ligeras observaciones la veneración que inspira el último día de la semana a los hebreos, y cómo impone su ley a los que la observan (que también habrá judíos hipócritas, como los ha habido y los hay y los habrá en todas las religiones) la obligación de suspender todo género de faenas y asuntos, dando al sábado lo que es del sábado, con más escrupulosidad que al César lo que es del César. Y así me expreso, porque sabido es de quien lo sepa, que sábado es una palabra hebrea acomodada a nuestra lengua, y que significa reposo, inacción, holganza, o como si dijéramos cesantía, si a cosa tan santa fuese lícito adaptar tan aciago nombre. Tampoco aun los menos instruidos necesitan que yo les diga de dónde vino que aquel pueblo, de Dios un día, y dejado después de la mano de Dios por lo que ningún cristiano ignora, santificase el sábado, ni con qué ritos lo santificaba. El Génesis, el Éxodo, el Levítico, casi todos los libros sagrados dicen algo sobre el particular, y a ellos me remito; y la Biblia dice también hasta qué punto exageraban con vanas y pueriles supersticiones los fariseos un precepto tan piadoso, una práctica de que el mismo divino Autor de todo lo criado les dio el ejemplo. Et requievit

die septimo, etc. Ni es nuestro propósito averiguar qué relación pudo tener con el sábado del Israel el filívoro Saturno para suponerle propietario de dicho día, como a Venus del viernes, a Júpiter o Jove del jueves, a Mercurio del miércoles, et sic de caeteris. Me dirían que aquí ya no se trata del terrible Dios del paganismo, bajo cuyo imperio en la tierra (saturnia regna) vivían (ajústeme usted esas medidas) tan inocentes y felices los mortales. Inocentes..., sí serían, pero ¡felices comiendo bellotas! ¡Siglo de oro aquel! Digo que me dirían que no el falso numen, sino el planeta su tocayo, es el que dio, si no su nombre como otros dioses-planetas, su influencia a un día de la semana. Bien; me abstengo de replicar, aunque largamente pudiera hacerlo, porque repito que el sábado hebraico no es el tema de mi discurso; y por ende, confieso que hubiera podido suprimir todo lo arriba enjaretado. Ya se ve, no puede uno a veces irse a la mano con la pluma en ella.

Pues, si no es el de los judíos, ¿qué sábado va a tomar por su cuenta el difuso articulista?, discurrirá el curioso lector. ¿Será el de las brujas?; que sábado se llama también cada uno de los vitandos conventículos celebrados (dicen) por esas pecadoras. Algo, sí, algo de brujas habrá en mi articulejo, respondo yo, pero tomando en concepto metafórico el vocablo.

No hay que asustarse: no voy a evocar las horrendas figuras de las que pronosticaron a Macbeth su funesta realeza con sangre y crímenes comprada; no darán materia a mis desaliñados renglones esos espíritus incorpóreos y cuerpos espiritados, inagotable manantial para la fantasía de los vates fantasmagóricos; trastos que difícilmente excusarían ya las comedias de magia; adminículos que en la moderna poesía sustituyen con frecuencia (no sé si con ventaja) a faunos y sátiros, dríadas y nereidas.

Excuso, por tanto, investigar, registrando antiguos librotos y modernos librejos, si el lugar de mayor querencia y jerarquía, la metrópoli, digámoslo así, de las brujas españolas fue Zugarramurdi o fueron los campos de Barahona: no tengo yo ciencia ni paciencia para tanto. Los versados en tan útiles y luminosos estudios indaguen, si ya no lo tienen sabido, cuándo se abrió y cómo se cegó el famoso pozo Airón que en dichos campos ha dejado tan espantables tradiciones, y si el mismo nombre Barahona, por lo parecido que es a baraúnda, atestigua las que hubieron de mover, cuando en brujas se creía, aquellas diabólicas hembras. Ellos, si entienden el vascuence, del cual yo confieso estar en ayunas, quizá saquen de la significación o etimología de la suave voz Zugarramurdi, combinada con otros datos científicos, inducciones por donde vengan a resolver en favor del pobre e inofensivo pueblo navarro así llamado, y sito en la misma frontera de Francia, tan importante problema histórico-geográfico-nigromantesco. Ni faltará quien, en su cándida ignorancia del idioma euskalduno, vea en la formación y sonido de la propia dicción Zugarramurdi, que, como otras muchas de aquella habla primitiva, suena a manera de satánico conjuro, algo que semeja al clásico y sacramental Abracadabra tan socorrido para mágicos y alquimistas. Lo cierto es, aunque, contra mi designio, eche yo también en tan sabias lucubraciones mi cuarto a espadas, que en las inmediaciones del mencionado pueblecillo hay una montaña llamada Aquelarre, nombre compuesto, según creo haber leído no sé dónde, de aquerra, macho cabrío en vascuence, y

larrea, jara o jaral, o matorral en la propia lengua. Es también cosa averiguada que el macho cabrío, imagen del demonio, hace grande y nefando papel en toda historia de brujerías. Consta que la lengua castellana 537 se ha apoderado del término aquelarre en significación de una asamblea de brujas, o digamos club, palabra más breve y más de moda, o sábado de ídem, que es lo que hace más a nuestro intento. Por último, la tradición brujesca se guarda, al parecer, en aquella comarca más fielmente que en la de Barahona, y alguna popular o interesante leyenda la trasmite siglos ha de padres a hijos entre aquellos sencillos montañeses. Adjudique ahora tan singular blasón al que le merezca más entre ambos territorios quien para ello tenga bastante autoridad.

Y pues tanto he charlado en el papel sobre lo que yo quería callar, razón es que diga ya algo de lo que quería decir.

El sábado a que me refiero no es tan solemne como el de los hijos de Judá, ni tan pecaminoso como el de las brujas, aunque a veces no le falte mucho para ser impío, y aun algo le sobre para ser infernal. Es un sábado en que interviene la policía, y no sólo interviene, sino que lo provoca.

¡Horror!... Pero no la policía gubernamental, alta ni baja (tranquilícense ustedes), ni la urbana siquiera, sino la doméstica; es un sábado de puertas adentro, humilde, venial (al menos en la intención), casero; es el sábado que hacen cada sábado en las casas bien gobernadas las mozas de servicio, y también algunas amas que, preciándose de aseadas y hacendosas, no se desdeñan de tomar alguna parte en el afanoso tráfigo de que voy a hacer un bosquejo.

Pero si ya Dios hizo el sábado, ¿a qué duplicarlo, o a qué hacerlo de nuevo? ¡Ahí verá usted! Hacer sábado (¡capricho de las lenguas!) significa hacer en dicho día lo que pudiera hacerse en cualquiera otro; esto es, una limpieza general de todo el menaje de casa desde el estrado a la cocina; una revista de inspección y policía a que todo mueble está sujeto; una especie de residencia a que comparecen, con derogación de todo fuero, lo mismo los plebeyos trastos del fogón, de la espetera, y aun otros más ignobles¹¹ todavía, que la aristocrática consola, el primoroso tocador, el muelle sofá y los exóticos floreros con sus frágiles y transparentes fanales; parodia del terrible juicio final a que todos, vivos o difuntos, hemos de concurrir de buen o mal grado cuando a él nos convoque la consabida trompeta. Y hombre hay que preferiría su fatídico estruendo al indefinible que forman, combinando sus respectivas disonancias y cacofonías, el catre que cruje, el perol que rechina, los zorros que golpean, el sillón que se derrumba, la vajilla que se rompe, etc., etc., todo amenizado con los maúllos del gato que, al ver tal zaragata, se espanta y se espeluzna, con los ladridos del perro, que se desgañita creyendo que han entrado enemigos en la casa y no va a quedar títere con cabeza, y lo que es mil veces peor, con el desaforado canticio de dos o tres maritornes que, para hacer más leve su trabajo y más grave el de quien las oye, cantan (graznan diría yo) a voz en cuello la jota nueva, aprendida de una de esas nómadas estudiantinas que nunca llegan a la h. ¡Señor! ¿Por qué censurar faenas que la decencia exige y la higiene 538 recomienda? -No lo negaré (responderá el víctima y enemigo de los sábados); pero ¡ver uno su vivienda tan revuelta y alborotada; huir de una pieza porque el polvo le ahoga en ella, y no hallar donde refugiarse,

porque están aljofifando la inmediata y se necesitan zancos para atravesarla; y si toma otro rumbo, atajarle el paso colchones y tablados, sillas y butacas, formando barricadas inexpugnables que recuerdan las de marras...! ¿Hay más que irse a paseo, o a las cuarenta horas, y no volver hasta que todo esté concluido y la casa hecha una ascua de oro? -¡Ya!; pero si el reuma, o la gota, o el asma, o todo junto se lo impiden a un cristiano, quid faciendum? Y aun la limpieza de los demás departamentos, aunque incomoda hasta lo sumo, transeat; pero ¡poner esas forajidas en mi mesa de estudio y accesorias sus manos sacrílegas! ¡Tener la desvergüenza de coordinar, de arreglar mis papeles! -¡Hombre, hombre...! -Es un atentado, sí, señor, un sacrilegio. Yo soy amante del orden como el que más, y bien a mi costa lo tengo acreditado (prosigue el ciudadano pacífico y antisabático); y no sólo del orden público, sino del moral, del doméstico, de todos los órdenes, y de todas las órdenes, si usted quiere; pero jamás lo he podido tener en mis papeles. Ni esto es posible acaso en un hombre dado a tareas literarias (que es darse a perros) o a negocios de bufete, si además tiene algún crédito y está medianamente relacionado. Mientras escribe un alegato, un informe sobre minas o una zarzuela, recibe cartas de dentro y fuera de Madrid, periódicos, prospectos, la cuenta del sastre, cuatro papeletas en que le citan a otras tantas juntas heterogéneas (porque gente que más se junte y menos se entienda que nosotros los españoles no la hay en el mundo), una receta del médico contra la salud, otra del casero contra el bolsillo, y otros cien y cien diversos papeluchos. Ahora bien; ¿quién tiene flema para dejar a cada momento la tarea que privilegiadamente llama y absorbe su atención, el trabajo de que depende su subsistencia, o con que aspira a un poco de gloria, disputada por la envidia de unos, combatida por el egoísmo de otros, esterilizada por la indiferencia de los más, para clasificar por fechas y materias cada impreso y cada manuscrito que viene a sus manos? Pero no hay cuidado; la criada o el ama, tan temeraria la una como la otra, por poco tiempo que les dé para ello el hombre de letras o de negocios, se lo ordenarán todo tan lindamente, que no habrá más que pedir. ¿Y por qué método? Por el de tamaños o por el de colores: así lo piden la visualidad y la simetría, pero, ¡ay! este arreglo es mucho más fatal que el desarreglo anterior; ese orden aparente es el caos, y lo que antes con más o menos dificultad se topaba, auxiliando a la vista la memoria, ya no se encuentra ni con hurones. Y no es esto lo más lastimoso, sino que tal vez se echa a la basura o a la chimenea, por creerlo inútil, el papel más importante; tal vez los despiadados zorros dan sobre el tintero, y el tintero sobre un documento que queda inservible y cuya reposición ha de costar mil fatigas y dispendios; tal vez Eolo, que en tales somatenes ve francas todas las puertas y ventanas, se encarga de aligerar la revuelta mesa, y la 539 obra que costó no pocas vigiliadas vuela a la calle de donde la recoge un traperero (algunas, en verdad, bien lo merecerían), o el nordeste se la regala a algún ingenio eunuco, que se apresura a prohiarla antes de nacida, y una vez es plagiarlo por casualidad el que lo suele ser de oficio.

Otrosí. No en vano indiqué al principio que estos sábados familiares, si de todo punto opuestos a los judaicos, símbolos de la paz y el quietismo, no dejaban de tener relación con los sábados de las brujas[; pues

brujerías se hacen en ellos (ya lo hemos visto), y brujas]12 y archibrujas parecen las mujeres (si muchas no lo son ya) cuando eliminado el prudente corsé, mal pergeñadas con el más vetusto y astroso de sus zagalejos, desnudas las piernas, aunque no de roña, peor que descalzos los pies (que nada hay tan insolente como las chancletas de una fregona), con las greñas al aire, o mal rebujadas en un asqueroso pañuelo, y con los malditos zorros en una mano y en otra la escoba descomulgada (arma y montura de las hechiceras, como todo el mundo sabe), sacuden y frotan y zarandean, cargan y descargan, barren y fregotean, y sudan pez, y se descoyuntan, y braman, y escandalizan...; en fin, sabadean.

Otrosí para acabar: eso de hacer sábado es tan castizo por acá, tan esencialmente español, que muy a menudo tenemos, amén de los de familia, sábados generales al servicio, o mejor diríamos al deservicio de la política y la administración. Las campanas tocadas a rebato, las descargas de los fusiles y los cañones, y otros ruidos no menos apacibles y confortantes, anuncian de ordinario que es llegada la hora de hacer sábado en todas las oficinas; pero sábado más radical que el casero, porque en éste se zurra y zarandea a los muebles, que no dicen esta boca es mía, y ahí me las den todas, y al cabo, zurrados o no, en casa se quedan; y en el otro ya se sabe lo que sucede. De tales sábados, que son la lepra de España, o mejor dicho, la más cruel de sus lepras, a algunos precede y preside su correspondiente aquelarre; otros no mueven tanto alboroto, mas no por eso dejan de proporcionar grandes ingresos a las compañías de ferrocarriles y diligencias, y de dar mucho que hacer a la Junta de clases pasivas. Verdad es que el desacomodado en un sábado no pierde la esperanza de acomodarse, y mejor, en el siguiente. Así suspiran y trabajan muchos individuos porque se repita tan donosa alternativa (amant alterna camoenae).

¡Y qué de inverosímiles chiripas, y qué de extraños fenómenos y de cínicas infidencias y de amargas decepciones y de sapos y culebras ofrecen a la contemplación del filósofo semejantes escenas, amplio asunto para artículos más serios...! Dejo a plumas mejor cortadas, o cortadas de otro modo que la mía, tarea tan ingrata.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

